

Sandra Establés Susán

DICCIONARIO DE MUJERES IMPRESORAS Y LIBRERAS DE ESPAÑA E IBEROAMÉRICA ENTRE LOS SIGLOS XV Y XVIII

Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018



El surgimiento en España de la historiografía en cultura del libro vinculada a la presencia femenina vino dado, en su origen, por la necesidad de recoger el elenco de mujeres cuya pluma alcanzó relieve. Esa fue la percepción a fines del siglo XIX de un erudito como Manuel Serrano y Sanz con su obra pionera, *Apuntes para una Biblioteca de Escritoras Españolas desde el año 1401 a 1833*, aparecida finalmente en Madrid, entre 1903 y 1905 en dos volúmenes, tras haber sido premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso bibliográfico de 1898. Esta línea de reunir a escritoras ha tenido luego larga proyección, aun con vacíos ocasionales que alcanzan décadas, y han sido habitualmente otras mujeres las encargadas de publicar estas periódicas recopilaciones. Recordemos, en el caso de la poesía, la *Antología poética de escritoras de los siglos XVI y XVII* (Madrid, Castalia, 1989) debida a Ana Navarro, o la *Antología poética de escritoras del siglo XIX* de Susan Kirpatrick (Madrid, Instituto de la Mujer, 1992). A las mencionadas cabe añadir la recopilación llevada a cabo por Isabel Calvo en su *Antología biográfica de escritoras españolas* (Madrid, Biblioteca Nueva, 1954) y la de María del Carmen Simón Palmer en *Escritoras españolas del siglo XIX: manual bio-bibliográfico* (Madrid, Castalia, 1991).



Louis Morin, L'infant prodigue. Paris: Delagrave, 1898 [RB INF/3144]

Otro vector de atención ha derivado de la posesión libraria y del intento de obtener conclusiones sobre la lectura, partiendo de los propios ejemplares. La línea más recurrente en el tiempo ha sido, en este sentido, la de las reinas. Recordemos el clásico *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica* de Sánchez Cantón ([Madrid, s.n.], 1950), un trabajo modesto comparado con la aproximación de Elisa Ruiz al respecto, *Los libros de Isabel la Católica: arqueología de un patrimonio escrito* (Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004), fruto de otras perspectivas. Y hay que mencionar observaciones de sumo interés que han hecho otros investigadores sobre la materia de las bibliotecas reales femeninas posteriores a doña Isabel, como las vertidas por Fernando Bouza en «La biblioteca de la Margarita de Austria», la esposa de Felipe III [*Estudis*, 37 (2011), 43-72], o especialmente, María Luisa López-Vidriero, que ofrece detalladas consideraciones sobre las librerías de reinas dieciochescas en *The Polished Cornerstone of the Temple. Queenly Libraries of the Enlightenment. The Panizzi Lectures 2004* ([London], The British Library, 2005) y

entrega una ambiciosa obra, tanto catalográfica como histórica, en *Constitución de un universo: Isabel de Farnesio y los libros* (Madrid, Patrimonio Nacional, 2016, 3 vols.), donde vuelve a incidir por extenso en el canon de una literatura de consumo femenino, no abordado suficientemente.

Una línea de estudio distinta, pero también llamada a ahondar en la sociedad cultural del libro y la mujer ha sido la del examen de inventarios –sin llegar a la identificación de ejemplares– de los protocolos notariales. Libro notable al respecto para el contexto hispano es el de Pedro M. Cátedra y Anastasio Rojo, *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI* (Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004), centrado en inventarios fechados entre 1529 y 1599. Las aproximaciones a la cultura escrita bajomedieval y altomoderna con el universo femenino como trasfondo, han derivado en diversas contribuciones que evitamos referir por no resultar fatigosos. Baste indicar la de Isabel Beceiro para la Castilla de los siglos XIII-XV («La relación de las mujeres...», en Antonio Castillo (ed. lit.), *Libro y lectura en la Península Ibérica y América. Siglos XIII a XVIII*. [Salamanca], Junta de Castilla y León, 2003, pp. 15-52).

Al margen de lo dicho, se echaba en falta otra perspectiva de estudio y análisis, una como la que da lugar a esta reseña, centrada en la materialidad del libro en su producción de imprenta primero y su difusión comercial después, es decir, la que aborda el caso de mujeres impresoras y librerías. Hace casi un cuarto de siglo que vio la luz un utilísimo *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*, realizado por Juan Delgado (Madrid, Arco Libros, 1996, 2 vols). El repertorio de Establés, en compañía del de Delgado, completa el panorama de la imprenta hispana bajo los Austrias, con la ampliación en el caso del *Diccionario de mujeres impresoras* de su arco temporal, que alcanza al siglo XVIII, y del espacial, que se extiende al continente americano. Por lo demás, la organización tanto de encabezamientos y contenidos como de índices responde al mismo criterio en ambos repertorios. A mayores, el libro de Establés recoge también a las librerías e incorpora como anexo final quince árboles genealógicos de familias resaltando en cada uno a las mujeres vinculadas al mundo editorial. A las viudas, en su mayoría, que aparecen en el repertorio de Delgado –al margen de alguna otra impresora con entidad propia del periodo habsbúrgico, como la vallisoletana Mariana de Pereda o la madrileña María de Quiñones, mujer de Juan de la Cuesta–, el dic-

AVISOS

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA, AÑO XXV, NÚM. 89 (SEPTIEMBRE - DICIEMBRE, 2019)

NIPO: 046-19-007-9 · DEPÓSITO LEGAL:M-1496-1996

cionario de Establés incorpora cuatrocientas quince entradas, lo cual nos da una idea más justa de la presencia femenina en la imprenta y aleja su papel lejos de lo meramente anecdótico.

El *Diccionario* es obra muy noticiosa y documentada, copiosa en notas y rica en ilustraciones que con generosidad reproducen portadas con el pie de imprenta donde figura el nombre de la impresora, colofones y firmas autógrafas tanto de impresoras como de librerías. Si Delgado, en su condición de bibliógrafo, hacía una breve introducción a su repertorio tras la presentación de Jaime Moll, Establés, estudiosa de la imprenta, ofrece un estudio preliminar muy amplio, «Las mujeres y el negocio editorial en España e Hispanoamérica: impresoras, librerías y editoras», cuyo contenido es herencia de su trabajo de investigación para doctorarse en la universidad de Zaragoza en 2016. Bajo la dirección de Manuel José Pedraza Gracia, creador de la colección «... In culpa est», la tesis de Establés corresponde al quinto título publicado de la serie. En esta misma colección había ofrecido un anticipo sobre el tema del libro que nos ocupa en «Las mujeres y la imprenta manual en España (s. XV-XVIII). Una aproximación a la actividad profesional femenina», [*Titivillus*, 3 (2017), 15-23].

El estudio preliminar se inicia con diversas consideraciones sobre el período incunable y se centra en la labor de las hermanas Lucena, hijas de Juan de Lucena, judío converso, activas hacia 1475 en la Puebla de Montalbán (Toledo) y encausadas por la Inquisición. Las notas al pie son particularmente amplias, eruditas y clarificadoras.

Un número mayor de noticias documentales relativas al siglo *xvi* permite a la autora extenderse en la actividad de la mujer en torno a las prensas y repasar las estrategias de continuidad del negocio editorial a partir de la herencia dejada por padres y maridos habitualmente. Los mismos ejes interpretativos –continuidad y visibilidad– se mantienen en el estudio correspondiente al siglo *xvii*, pero al desarrollar el contenido correspondiente al siglo *xviii*, se añade a estas premisas el estudio de las actividades en torno al taller. Hay que tener presente que la Ilustración y las nuevas consecuencias culturales que genera tuvieron en el mundo de la imprenta un amplio reflejo. Recuérdese, en una perspectiva europea, que los tipos bodonianos no se entienden sin el racionalismo filosófico de la Ilustración. Y en España, la actividad de Joaquín Ibarra o Benito Monfort tampoco, si se excluye este contexto de civilización.

El discurso de Establés se acompaña de tablas y gráficos que dan cuenta de nombres y fechas de actividad en las imprentas estudiadas. En el caso de América se recoge la figura de la mujer como inversora en la financiación de ediciones, especialmente en un contexto de publicaciones religiosas destinadas a proveer a los conventos. Solo en México llegó a haber cuarenta editoras-costeadoras en el período virreinal, tal como recogió Toribio Medina. No faltaron tampoco mujeres nobles respaldando este tipo de inversiones, presumiblemente para favorecer intereses de sus linajes.

Al margen de la situación más común de mujeres propietarias de imprentas o librerías en su condición de viudas o de «hijas de», Establés documenta numerosos casos de asalariadas que no eran de la familia, ejerciendo probablemente de dependientas en las librerías además de llevar a cabo labores vinculadas al área del servicio doméstico [p. 159]. Tanto en librerías como en imprentas, se documenta el caso de numerosas criadas y recaderas vinculadas a esos establecimientos al tiempo que sus maridos ejercen como tipógrafos o como librerías. También existían vendedoras ambulantes adscritas a librerías determinados, que, si no estaban despachando en el mostrador, vendían impresos baratos por las calles, como cartillas, calendarios y tablas astronómicas. A un nivel de mayor solvencia económica, se dio en España también la misma situación aludida en el caso de América: mujeres muy acomodadas que financiaban a impresores por muy diversas razones, desde la obtención de ganancias hasta la colocación de un pariente en el taller del impresor financiado. Un caso temprano de este tipo de acuerdos lo ilustra Leonor Eximénez en la Valencia de 1488: financió a Lambert Palmart y logró con ello que entrase un familiar en el taller. El trato fue fructífero también en lo sentimental pues más tarde se casarían Leonor y Lambert. El repertorio de Establés documenta también relaciones entre propietarias impresoras y librerías editoras, sin ser familia, lo que revela cierta sororidad empresarial.

Las conclusiones del estudio son claras: a medida que los sistemas industriales fueron avanzando en el tiempo, la presencia femenina en el entorno editorial se hizo mayor. De seis mujeres vinculadas a la imprenta en el siglo *xv*, se pasa a ciento setenta en el *xviii*, aunque lo verificable con testimonios documentales -recuerda la autora- siempre es menos de lo real. En América la presencia femenina es menor que en España frente a lo que pudiera pensarse por ser la península ámbito de una sociedad de cristianía vieja y de valores masculinos (armas, gobierno) frente a la «nueva sociedad» americana. En todo el *xvi* solo hubo cuatro mujeres impresoras en América y en el *xviii* no pasan de dieciséis los casos documentados. Establés atribuye cifras tan bajas al enorme peso social de lo masculino: la consideración de una mujer al frente de una imprenta o de una librería dependía del prestigio heredado, pero raramente alcanzaba altas cotas de consideración social cuando era ella, una mujer, la fundadora del negocio [cfr. págs. 163-164]. De este modo, la vía de promoción social femenina se restringía al matrimonio por intereses familiares de sagas de impresores o librerías.

Otro aspecto laboral descrito por Establés, referido a establecimientos donde el volumen de negocio era elevado, evidencia que el papel femenino, incluso en los casos de titularidad de la imprenta, estaba relegado a la presencia masculina al frente, por ejemplo, de las gestiones vinculadas a la administración económica del taller o de la librería, ya que créditos y préstamos parecían encontrar un margen de confianza mayor cuando se negociaban entre varones.

El *Diccionario* de Establés es una obra de enorme valor documental y especialmente significativa para el ámbito americano, carente de estudios sobre la presencia femenina en el entorno editorial. México, Perú y sus ciudades son los países mejor representados en este repertorio. En comparación con ellos, resulta llamativa la falta de rastros documentales sobre otras mujeres activas en otras grandes ciudades americanas o en puertos notables. Ciertamente, como señala la autora, los documentos no reflejan una realidad social que hubo de ser mayor que la huella dejada en los archivos.